GIRAUDIER — LOS FRAILES DE FILIPINAS


THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
LIBRARIES
THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
ARTES SCIENTIA VERITAS
1817

LOS FRAILES

DE

FILIPINAS

BREVES CONSIDERACIONES DE ACTUALIDAD

ESCRITAS

POR UN ESPAÑOL PENINSULAR

REIMPRESO



GUADALUPE

PEQUEÑA IMPRENTA DEL ASILO DE HUÉRFANOS

1888

LOS FRAILES

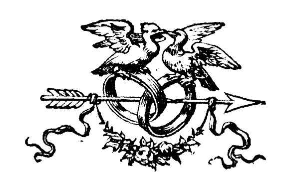
DE

FILIPINAS

BREVES CONSIDERACIONES DE ACTUALIDAD

ESCRITAS

POR UN ESPAÑOL PENINSULAR



GUADALUPE
PEQUEÑA IMPRENTA DEL ASILO DE HUÉRFANOS

1888

EXCMO. É ILMO.

SR. D. FR. PEDRO PAYO,

DIGNÍSIMO ARZOBISPO DE MANILA.

¿A quién mejor que á V. E. I. puedo dedicar este grito de dolor arrancado de un corazón tan viejo como buen español?

Una amistad no interrumpida de treinta y cinco años me autoriza para suplicarle que lo admita como la mejor prueba del cariño que siempre le profesa su apasionado amigo

Q. B. S. A.

BALTASAR GIRAUDIER.

MANILA *30 de Marzo de 1888.*

LOS FRAILES DE FILIPINAS.

Hase levantado un tole tole de pocos años á esta parte, acentuándose de un modo especial recientemente, contra esta respetable clase de la sociedad; y por mucho que los principales autores de esa cruzada procuran encubrirla con la pureza y rectitud de sus intenciones y de su patriotismo, en el fondo nò hay más que un móvil: quitar de en medio un estorbo, que es el más temible de cuantos puedan levantarse para impedir el logro de sus fines bastardos.

El fraile es español; todo lo sacrifica á esta idea, y he aquí explicado el porqué se intenta derribarlo bajo pretextos especiosos.

El filibusterismo cubano ha dado de sí todo cuanto tenía; ha matado moral y materialmente aquella rica perla de nuestras Antillas, y, habiéndose acabado el filón que tanto oro ha repartido entre unos centenares de malos españoles, tienden la vista hacia estas pacíficas islas, en busca, sin duda, de otro Eldorado donde saciar su codicia, á costa de algún jirón de nuestra sacrosanta bandera.

Este es el hecho, despojado de empalagosa fraseología, que sienta mal á nuestro carácter, á nuestros antecedentes y á la rectitud de nuestras intenciones.

Mientras la actitud de este nuevo filibusterismo ha sido platónica, el peligro era fácil de conjurar. Desde el momento que se lanza á la palestra, siquiera sea buscando instrumentos *inconscientes* de sus malas artes, es menester perseguirlo sin tregua ni descanso, aceptar el reto y desenmascararlo.

«El fraile debe desaparecer; su tiempo ha pasado; debe reemplazarse con el clero secular de allá y de aquí; deben venderse y repartirse como pan bendito sus haciendas; es una rémora para el progreso moderno; en tres siglos que llevamos de permanencia en Filipinas, nada han hecho; el atraso de este país es debido á ellos, etc., etc., etc.» Estos son los principales fundamentos

en que apoyan sus miras para pedir la desaparición de ese elemento español.

Fijemos por un momento la atención sobre un hecho que debe servirnos de base para apoyar cuanto nos proponemos decir.

Las Filipinas están abiertas al mundo de la civilización y del progreso desde hace cuarenta años. Antes se comunicaba este país con Acapulco por medio de la nao, que hacía uno ó dos viajes anuales para traer oro y unas pocas mercancías, á cambio de las que de aquí se enviaban á Méjico.

De modo que este país permanecía oculto, ó poco menos, á las miradas del resto del mundo, y entregado á sí mismo.

Tenemos, pues, dos hechos que forman la base de nuestra argumentación; á saber: durante tres siglos las islas Filipinas se rigieron por sí mismas; desde hace cuarenta años, su mayor proximidad con la madre patria, motiva un continuo tejer y destejer, de leyes, decretos y reformas, cuyo fin no se alcanza, cuyos beneficios no se tocan.

Veamos el papel que desempeñaron en la primer etapa de nuestra historia los frailes de Filipinas.

Á nuestra llegada á estas tierras, las hallamos casi tan vírgines como cuando fueron dejadas de la mano del Criador.

Sin tradiciones, sin religión, sin historia, sin otra ley que la del más fuerte, viviendo la vida de la casualidad; y, ora obligados á abandonar la costa por las frecuentes excursiones piráticas de los moros, ya luchando los régulos de varias islas entre sí, arrastraban una mísera existencia, en que apenas se vislumbraba ese *quid Divinum* que Dios ha impreso á la humanidad.

¿Cuántos eran sus habitantes? ¿Cuántas las islas que formaban este vasto archipiélago?....

Sólo conocíamos la corta tierra que pisábamos; ni nos hacía falta saber más. Veníamos en son de paz á conquistar almas para la cristiandad, á enseñarles la doctrina emancipadora del esclavo; veníamos á predicarles las excelencias de una Religión llena de amor, de olvido, de perdón; veníamos á alumbrar sus inteligencias con la luz del Evangelio; en una palabra: veníamos á arrancarles de la barbarie en que yacían para atraerles al camino de la verdadera civilización.

Esto ocurría el año 1565.

Han pasado trescientos años, y la que ayer era una asquerosa crisálida, se ha convertido hoy en mariposa de brillantes y vivísimos colores.

De ella han salido los mil pueblos, los miles de barrios y visitas que registra la estadística, en las mil y pico de islas que forman esta provincia española.

Entre los siete millones de habitantes que la pueblan, no hay más que una Religion, un gobierno, un nombre venerado por los corazones agradecidos: el nombre español.

Y la voz del que manda esta numerosa grey es obedecida y acatada sin esfuerzo alguno; y la civilización ha penetrado hasta los lugares más recónditos; y numerosa flota de vapores surca sus azarosos mares; y el telégrafo rodea con sus hilos metálicos el interior de sus tierras, y hundiéndose en sus costas nos enlaza con el viejo mundo; y el gobierno es fácil, porque la grey es dócil, sumisa y preparada para lo grande y lo bueno; y el comercio y la agricultura son florecientes, y la cultura y la civilización marchan á pasos agigantados á colocar estos pueblos al nivel de los más adelantados....

¡Y esta metamórfosis se ha verificado en solos trescientos años!! Sin coacciones, sin violencias, sin más auxilio que la palabra de Dios, predicada por un pequeño número de modestos misioneros, que llevaban por única salvaguardia la imagen del Crucificado; que habían jurado sobre los Evangelios renunciar á sus hogares, á sus familias, á sus más caras afecciones, para dedicarse exclusivamente á la conversión de infieles; y solos, y sin más amparo que la Divina Providencia, emprendieron la obra de la emancipación moral de este país, formando seres dignos de Dios y súbditos leales á su madre la España, de los que ayer vagaban errantes haciendo la vida del salvaje.

Y esta trasformación se ha llevado á cabo en tan corto período de tiempo, á pesar de las expediciones piráticas de los archipiélagos de Joló y Tavi-tavi, que causaban tantas víctimas y arrancaban miles de seres todos los años para convertirlos á la esclavitud, y á pesar también de las guerras sostenidas contra ingleses y holandeses, y sin más recursos que los exiguos que enviaba nuestro tesoro desde Méjico.

Y esta conversión respondía á un plan uniforme; obedecía á leyes sabias; leyes que en su mismo dialecto transmitían los misioneros á los naturales, inculcándoles el deber de la obediencia, explicándoles su genuino significado y sirviéndoles de mentor cual pudieran hacerlo con niños grandes.

Por estos medios tan pacíficos, y sin emplear otras armas que las de la persuasión, han llegado aquellos hombres, llenos de fe

y de abnegación, á formar ese conjunto tan homogéneo que se llaman hoy las islas Filipinas, uno de los mejores florones de la corona de España.

¿Qué pueblo en la historia de la humanidad puede presentar ejemplo semejante? Tal vez se nos señale nuestra vecina la Australia, cuyo esplendor raya en lo increíble; sin acordarse que la inhumanidad de un gran pueblo fundó aquella colonia acabando con la raza aborígene, de la que hoy apenas si existen algunos ejemplares, para implantar una raza privilegiada como lo es la anglo-sajona.

Nadie puede disputar á nuestra querida patria la honra de reducir á siete millones de seres humanos á la vida de la civilización sin alarde de fuerzas, sin más auxilio que la palabra de Dios, predicada por un puñado de hombres esparcidos por este inmenso archipiélago.

Y este pueblo agradecido ha conservado incólume hasta nuestros días su gratitud al misionero. Y no podía ser de otro modo, pese á los que intentan desviarlo de tan noble propósito, porque hace trescientos años que es su única guía y compañero; el amparo de todas sus aflicciones, de todas sus miserias. Él les administra el agua salutífera del bautismo; recibe de ellos como en depósito la confesión de sus culpas y pecados; es su consejero y también su defensor, cuando la injusticia ó el abuso se cierne sobre el pueblo que espiritualmente le está confiado; recoge su último aliento, y lo encomienda á Dios después de su muerte.

El misionero no tiene voluntad propia; y, convertido á la obediencia por un voto de por vida, acepta resignado el lugar que le señala la experiencia de su Prelado. Y hoy en la choza del bosque, y después en el barrio, y más tarde en el pueblo, aprende á conocer al indígena con quien forzosamente ha de compartir su existencia.

Y ese hombre, todo abnegación, sin voluntad propia; discurre los últimos años de su vida rigiendo espiritual y moralmente una numerosa grey; que le adora como á Padre bondadoso. Porque no hay que dudarlo un solo momento: á pesar de los defectos inherentes á la mísera humanidad, de que desgraciadamente no están exentos algunos misioneros; ni aun en este caso, decimos, deja de ser querido de su pueblo; porque el número de sus virtudes supera en mucho al de sus vicios.

Se pretende por algunos que en nuestros días ha desaparecido la influencia moral que sobre los naturales ejercía el misionero; y se toma acta de ello para deducir la necesidad de buscar un elemento que la sustituya. Preciso es cerrar los ojos á la luz de la evidencia para asentar semejante afirmación. No necesitarémos gran esfuerzo para demostrar todo lo contrario. Y no se crea que acudirémos para nuestras pruebas á los más remotos pueblos del archipiélago, donde, por razón de su ignorancia, pudiera deducirse el mayor prestigio del misionero; nada de eso. Escogemos de propósito la capital, centro donde debe aceptarse que se halla más adelantada la cultura y generalizada la inmoralidad.

Pues bien: ¿qué representan esos tres ó cuatro mil alumbrantes, en su mayoría mujeres, que espontáneamente concurren á las procesiones del Rosario, de la Purísima, de la Correa, de san José y del santo Entierro?

¿Qué significan esos miles de almas de todas las clases de la sociedad, que invaden los templos durante los novenarios para escuchar la palabra del Evangelio y recibir el pan eucarístico?... Representan y significan que el prestigio del clero está todavía en su apogeo, y lo estará por mucho tiempo, á no dudar, pese á las maquinaciones del encubierto filibusterismo. Significa que la mujer, que la madre de familia, que en Filipinas es el todo, profesa respeto á la religión de sus mayores y á los ministros que la predican.

Esa es la verdadera válvula que hay que consultar cuando del clero se trata. Mirémos á las corporaciones en conjunto; no las apreciemos en detalle. ¿Qué corporación en el mundo no tiene un miembro podrido? ¿Y vamos á condenar los inmensos beneficios que reportan los más, por los vicios ó defectos de unos pocos, que, no por ser religiosos, dejan de ser hombres?

No se olvide que esos misioneros son los mismos que en el siglo pasado, durante la invasión inglesa, quemaban en la costa de Tayabas la nao de Acapulco, para que no fuese apresada por el enemigo, después de desembarcar dos millones de pesos del situado de Méjico, que trasladaron por bosques y montes inaccesibles, desde aquella provincia, pasando por la de La Laguna y Morong, hasta la Pampanga, donde tenía su residencia D. Simón de Anda, y con él la representación de España.

Y no contentos con prestar su apoyo moral á la defensa del país, contribuyeron con la fundición de campanas para hacer ca-

ñones, y mandando agrupaciones de indígenas para combatir al enemigo común.

Y todo ello por amor á España, por defender este pedazo de tierra que durante tres siglos regaron con su sangre.

Y ese misionero es el mismo que, al declararse la guerra á Joló en 1876, acudía con seiscientos voluntarios de Misamis á prestar sus servicios; servicios que no hay palabras bastantes con que alabar, por más que fueron débilmente recompensados.

Y esos hombres tan calumniados, son los que acogían con sus brazos y con su bolsa á los deportados por causas políticas que el rigor de aquellos gobiernos enviaba á Filipinas; porque para ellos no hay más política que el cariño hacia todo lo que es español.

Y téngase en cuenta que el misionero que hoy aporta á estas playas, recibe, si cabe, aún mayor educación científica y literaria que la que recibían sus antepasados.

Díganlo, si no, los Ilmos. Obispos de Salamanca, de Oviedo y de Lugo, y el Cardenal González, misioneros los cuatro de Filipinas, y cuya reputación de doctos y sabios nadie se atreverá á contestar.

Se culpa de ignorancia al misionero, sin fijarse, ni aún por decoro á la verdad, en las obras que desmienten semejante aseveración.

¿Quién ha construído los dialectos del país, les ha dado forma, ha hecho las Gramáticas para estudiarlos y los Diccionarios para consulta? Los frailes, y nadie más que ellos.

¿Quién ha escrito las más fieles historias de este país en los primeros tiempos y aún en nuestros días? Los misioneros y nadie más que ellos. ¿Á quién se debe el monumento de esa tan celebrada flora filipina? Á un modesto fraile.

¿Á quién se deben tantas iglesias, casas parroquiales, puentes y aún calzadas como las que el viajero se encuentra en muchas provincias y pueblos de Filipinas? Á los frailes, á esos misioneros á quienes deprimen sus enemigos, porque les temen, porque saben que son el más firme sostén de nuestra patria en estas apartadas regiones.

Se dice que su época pasó: bien reciente es, entre otros muchos casos que pudiéramos citar, el de un cura de Binondo, que habiendo sido nombrado Procurador de la provincia en Madrid, sus feligreses acudieron telegráficamente nada menos que á Su

Santidad para que revocase la disposición del capítulo de la Órden, y Su Santidad, por telégrafo, mandó continuase el cura en su puesto.

Se ha vertido de algún tiempo á esta parte una idea que, por más esfuerzos que hacen sus propagadores para hacerla simpática, no resiste el más insignificante análisis. Se dice intencionalmente y con poco amor patrio, que el clero regular debiera ser reemplazado por el secular.

Los que tales propósitos divulgan, desconocen el daño que causan pidiendo una reforma que, de ser llevada al terreno de los hechos, daría bien pronto al traste con todo lo creado.

El clero secular, y en él comprendemos el peninsular é insular, se apoderaría de los curatos dentro de las tres categorías, de entrada, ascenso y término.

Dejemos á un lado, pues de ello tenemos demasiadas pruebas, el rigorismo con que se proveerían esas curas de almas, y vamos sin rodeos á decir toda la verdad de lo que nos esperaba. En primer lugar, las misiones se verían instantáneamente abandonadas, porque es claro que nadie iría *motu propio* donde no tuviera obvenciones y ciertas comodidades, donde el trabajo fuera mucho y el peligro constante. Hoy el misionero, cuando no lo pide espontáneamente, de lo cual hay muchos y honrosísimos casos, va por la voluntad de su Prelado y bajo pena de obediencia; y allí reside hasta que esa misma voluntad que le señaló el lugar de prueba de sus virtudes, le señala la recompensa, con algún curato que pudiéramos llamar de entrada.

Pero aun admitiendo que hubiese hombres de bastante abnegación para prestarse á ser misioneros (no los conocemos fuera de las comunidades religiosas), ¿bastaría para proveer á sus gastos el miserable estipendio que hoy paga el Estado como remuneración de tan importante servicio? No podemos creerlo, desde el momento que nos consta que todos ó casi todos los misioneros que se hallan en ese caso, reciben auxilios más ó menos crecidos de su corporación.

En cuanto á los curatos de entrada, ascenso y término, sucedería lo que estamos viendo constantemente con los empleos de la carrera judicial, á pesar de tener establecidas aquellas categorías: se darían al favor.

Pero aceptemos desde luego el rigorismo en la provisión de curatos, y tendremos á un hombre dueño de sus estipendios, cuya

preocupación constante sería el ascenso, precursor de una ambición material que destruiría todo el afecto que pudiera profesar al pueblo que administrase. Porque, no hay que dudarlo: el hombre que entre á regir la cura de almas de un pueblo soñando á cada momento con su ascenso ó traslación, ni puede querer á sus feligreses, ni éstos le tendrán jamás cariño y confianza.

El cariño mutuo nace de la ignorancia en que hoy está el misionero respecto á la posesión más ó menos prolongada de su curato, y de la confianza que despierta en su grey el ejemplo de que, en su mayoría, los misioneros administran las parroquias durante una generación.

Todavía hay más: hoy el cura es el consejero nato de su pueblo; y cuando alguna disposición oficial lastima á sus ovejas, se dirige en consulta á su Prelado para que le sirva de intérprete cerca del gobernador general, expresando las razones que cree convenientes para pedir la modificación de aquello que no conceptúa justo. Y hemos visto en muchas ocasiones evitar por ese medio grandes vejámenes, y tal vez manifestaciones de desagrado.

Y el misionero obra en esa forma, porque no teme caer en el desagrado superior, fortalecido con su conciencia y la comunidad que lo ampara.

¿Sucedería otro tanto con el clero secular? Nosotros aseguramos que no; y nos sirve de fundamento para decirlo, el que la menor observación sería contestada con el relevo del cura. Además, ¿quién puede afirmar que se hallarían más civismo, más abnegación, más virtudes en el clero secular que en el regular?...

Pudiéramos extendernos todavía en otras consideraciones para robustecer nuestra opinión, pero creemos que con las aducidas basta y sobra para demostrar plenamente que el clero regular, tal y como se halla hoy establecido en el archipiélago, no puede ser reemplazado con ventaja por elemento alguno, ni aun por el clero secular.

¿Qué el fraile es enemigo del progreso?.... ¿Á quiénes se deben las únicas haciendas agrícolas que han prosperado y cuya venta se intenta? Á los frailes; fuera de ellos, fuera de las corporaciones religiosas, no conocemos una sola fortuna hecha en la agricultura La explicación es muy sencilla: como ente moral, subsisten siempre, y siguen la tradición y marcha iniciada por sus antecesores, mejorándola siempre. Como colectividad, puede hacer cuantiosos anticipios para desarrollar en grande escala los cultivos, sin preocuparse de la importancia de aquéllos, ni de su reem-

bolso inmediato, ni menos de su interés. Y esto explica el por qué inmensos terrenos incultos por falta de agua se han convertido en fértiles campos, merced á grandes presas y conducción abundante de aguas. Las haciendas de las corporaciones se preocupan poco de años de malas cosechas, y los colonos que las benefician no conocen jamás la miseria. ¿Pueden decir otro tanto los demás hacenderos de las islas? No; y esto se explica hasta cierto punto.

En general, se dedicaron á la agricultura sin capital; obligados por la necesidad, contraen deudas, que paulatinamente aumentan, hasta que llega uno ó más años de malas cosechas ó precios bajos, y entonces la ruina es inminente. Centenares de casos pudiéramos citar de esta situación, que tiene sumergidas en la miseria á muchas familias y provincias, siendo víctimas de unos pocos, que con la usura han acaparado el fruto y sudores de hombres honrados y de buena fe.

Y porque las corporaciones religiosas han sido las únicas que han prosperado en la agricultura, ¿se pide la desaparición de sus haciendas, que, en definitiva, son una honra para el país?

¿Y para qué? Para que á los dos ó tres años de hallarse en poder de los pueblos se convirtieran en otros tantos eriales. Porque, no lo olvidemos ni un solo momento; el indígena, entregado á sí mismo, salvo raras y honrosas excepciones, necesita tutoría, si no ha de convertirse en lo que fueron sus antepasados. Individualmente, por medio del estímulo de otra raza, trabajan hasta cierto punto; convertidos en colectividad, no conocemos ejemplos dignos de ser citados y que los enaltezcan.

Vamos á terminar: la desaparición del fraile de Filipinas en los terminos en que se pide, es pedir la expulsión de los españoles.

Demostremos. Nadie que tenga sentimientos patrios descartados de la malhadada política, podrá negarnos la cohesión, la unidad que resulta de esos ochocientos ó mil hombres esparcidos por todo el territorio, atentos al menor indicio que pueda revelar algún peligro para la patria. Cohesión y unidad que sólo pueden producir las Órdenes regulares.

«Fuera los frailes», es equivalente á *venga el caos*, y con él el fin que se persigue. El día que esto llegase á suceder, no se haría esperar el reemplazo de aquel elemento conservador por otro de fuerza, representado por veinticinco ó treinta mil hombres, que pesarían con un aumento de veinte millones en las arcas de este ya exhausto tesoro.

Y entonces serían vanas todas las exclamaciones, y no sería posible volver atrás; porque en la senda del mal, el primer paso es lo temible; lo demás viene sin sentirlo.

Grande será ante la historia la responsabilidad de los gobernantes, sean del órden que fueren, que no obren con la energía necesaria para evitar ó reprimir cualquier sombra atentatoria de mermar el prestigio de las comunidades religiosas de Filipinas.

Hace algunos años, desde que la fiebre de reformas se nos vino de rondón por el abierto istmo de Suez, Filipinas mantenía varios lazos de unión con la madre patria.

Era el primero la inamovilidad del empleado y militar, que permitía los enlaces entre los insulares y peninsulares, que formaban entonces una sola familia, en beneficio de la madre y de la hija.

Otro de los lazos consistía en la colocación en los cargos públicos de un número prudencial, pero considerable, de hijos de esta provincia.

El tercero y primordial consistía en la prudente intervención que el clero tenía en la administración económica, en el consejo y en la política de estos pueblos.

La revolución del año 1869 dejó en la calle y sin pan á los hijos de este país que tan fielmente habían servido sus destinos, sin motivo, ni pretexto, ni excusa que lo disculpase.

Después vino la movilidad del empleado y del militar, y las ventajas que alcanzaban con una larga permanencia en Filipinas, desaparecieron.

El cariño va insensiblemente enfriándose; y como si esto no fuera bastante, de poco tiempo á esta parte se va separando toda intervención del clero en los asuntos de los pueblos que rigen, creándoles un antagonismo con los principales.

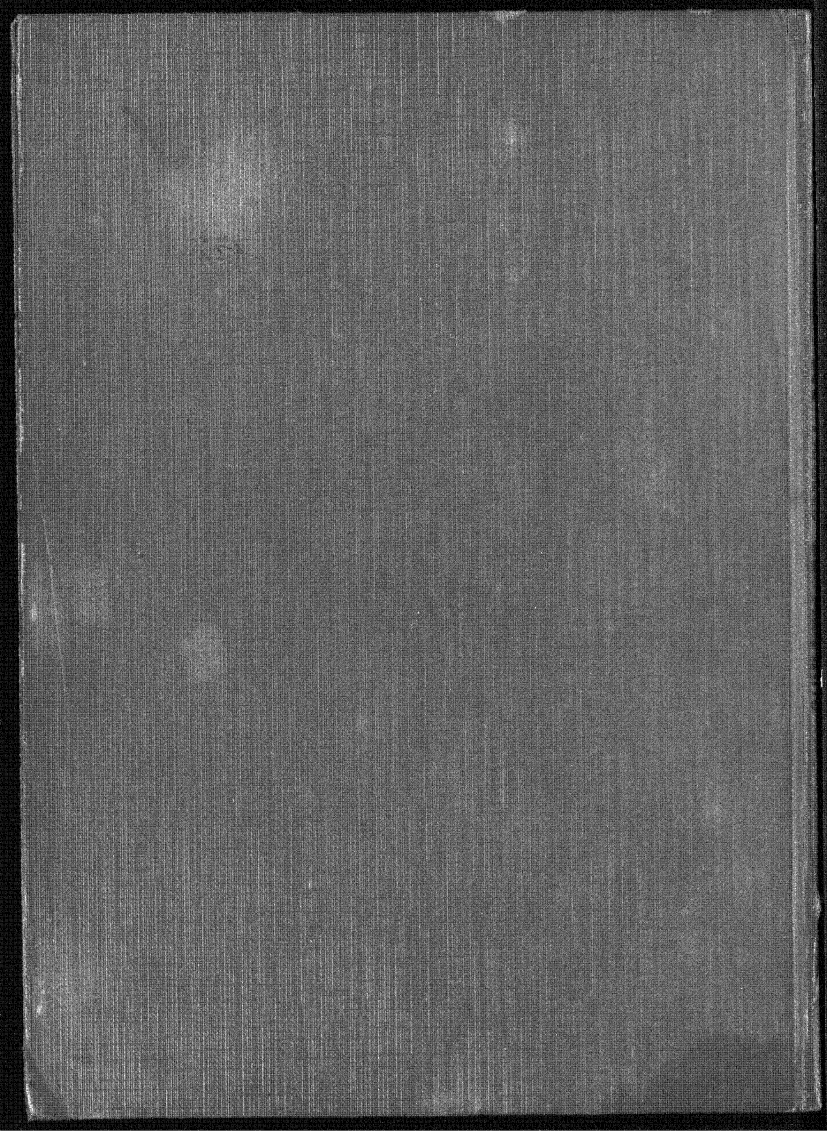
El vaso está próximo á desbordar, y el remedio ni se alcanza ni puede esperarse más.

Séanos permitido al menos, antes de bajar al sepulcro, dar la voz de alerta desde esta apartada provincia, y llamar la atención de nuestros gobernantes sobre algunos hechos recientes, cuya importancia y gravedad se ha mirado con marcada indiferencia, y cuya acertada solución encierra uno de los problemas más trascendentales para el porvenir de este país.






3 9015 02172 4805



Giraudier, B.
Los Frailes de Filipinas